

tanto escéptico, tal vez demasiado; dudo de muchas cosas que son para otros verdades incontrovertibles, y, sin embargo, creo en la eficacia de la memoria y en los recuerdos perdurables.

No todo se olvida, no".

Algo muy parecido a esto escribió más tarde Marcel Proust, hablando sobre el recuerdo, al que llama: "inmenso edificio".

En el último cuaderno, inicia sus memorias de 1901, fecha en que se fugó de sus guardianes, audaz y valerosamente, hasta ganar la frontera de Costa Rica, transitando por senderos peligrosos. Refiere allí también sus últimas andanzas de revolucionario hasta que el partido conservador, después de bregar incesantemente por obtener el poder, logró derrocar al partido liberal, que lo había ejercido por largos diez y siete años. Fue ésta su última aventura. Al regresar a su hogar, en 1910, murió.

El estilo de don Enrique Guzmán es de cortos períodos, epigramático, o, como decía Horacio, de *dentibus albis*. Docto en la zumba sacaba de su quicio al adversario. Crítico, acerbo a veces, otras festivo, riente, no tenía miedo de "herir los oídos delicados con verdades mordaces" según Persius. Aficionado a la Filología, puso en la prensa cátedra de gramático de sana erudición para corregir las faltas de los demás, y en sus célebres y chispeantes escritos, *Pedacitos de Papel* y *Dosis Refractas*, amenas producciones que aparecían frecuentemente en los periódicos, daba, al par que lecciones de bien decir, fuertes ferulazos a los escritorzuelos que aparecían de cuando en cuando con "el mal de la verborrea", como él decía. Su estilo, por el objetivo y los temas que trataba, se asemeja mucho al de don Mariano de Larra, y como éste, "afilaba sus dardos alcanzando sus sátiras más de un designio de pureza", sin caer en lo pedantesco del dómene, porque todo lo condimentaba con la salsa humorística que le era peculiar. Campeaba en sus producciones el concepto de sabor ático, vivo y personal en su forma y fondo. Nunca dió a luz nada que no fuera pulido—ni aún las más insignificantes gacetillas,—sin que se descubriera en su frase o en sus palabras, lo amanerado o lo rebuscado. Su prosa era castiza y llana, siempre matizada de fina ironía. Don Ricardo Jiménez, recordándolo hace poco, lo llamó "el Aristofanes nicaragüense".

Gustaba de firmar sus escritos con pseudónimos, y los que usó, del "Padre Cobos", "Persius", "Anton Colorado" y "El Moro Muza", que era el más frecuente de todos, servían de ali-ciente a sus numerosos lectores. En su patria fué muy discutido y sus críticas le acarrearón acerbos y duros ataques; pero en estos dimes y diretes siempre llevaba la mejor parte por su habilidad para manejar la pluma y su bien cimentada cultura

Cuando nuestro genial poeta, Rubén Darío, empezaba a dar a luz sus poesías, cayó, naturalmente, bajo la crítica de Guzmán y sintió en sus comienzos los alfilerazos del "Moro Muza". Darío, en su autobiografía, al recordar a Enrique (así lo llamó siempre), habla de él en términos despectivos y hasta lo llama crítico de aldea; pero en 1915 el mismo poeta confesó a un amigo en una carta que últimamente se ha publicado, que aquellas críticas de Enrique le sirvieron para mejorar su estilo. Por esa palmaria contradicción entre lo que dice la autobiografía y su carta posterior, hay que aceptar lo que sobre aquélla dice Ernest Merimée en su *Historia de la Literatura Española*, que "dicho poeta escribió una autobiografía en la cual los hechos están algún tanto tergiversados"; y esta opinión del escritor francés sirve también para reforzar lo que últimamente se ha dicho con respecto a la autobiografía de Rubén: que no toda ella es auténtica.

Y ya que hablamos de Guzmán y Rubén, no estará demás recordar aquí, de paso, que fué Guzmán, como diputado en 1882, quien iniciara en la Cámara nicaragüense un proyecto de ley para que el estado sufragara los gastos de la educación en Europa del "Poeta Niño", como se le llamaba entonces a Rubén; que la iniciativa fué acogida por la Cámara; pero que no se llegó a realizar por culpa del mismo que tuvo que salir de Nicaragua en volandas a causa de un asunto de fal-das en que se vió envuelto, el autor de *Azul*.

El temperamento inquietante de Guzmán—ansioso de lo inesperado; pero no inconsciente—lo arrastró durante su vida por senderos de peligro, a los que hizo frente con virilidad y con la conciencia del hombre digno que batalla en todo terreno por defender sus derechos políticos; y su vida quedó matizada de variados aspectos en las aventuras en que se encontró. Criado, como antes se ha dicho, en holgado hogar, padre de familia, con hijos dignos ejemplares de su raza, hombre de club y amigo de la buena sociedad, gozando de todas las comodidades que por tradición han proporcionado siempre aquellas viejas mansiones granadinas, nunca vaciló, cuando las circunstancias políticas se lo demandaban, cumplir con sus deberes ciudadanos. Encariñado desde su juventud con los principios de la libertad individual y de expresar con toda libertad sus ideas, dió muestras siempre de entereza de carácter. Y es que esos sentimientos no eran superficiales en él: procedían de las profundidades más íntimas de su alma.

Pasó la mayor parte de su vida envuelto en mundano torbellino, moviéndose en ambientes inquietantes que lo inclinaban hacia el desconcertante vacío de la incredulidad, sumido su espíritu en un mar de negaciones. Mas, siete años antes

de morir hizo un alto en ese estado de lobre-guez e incertidumbre, y emigrado en San Salvador, en 1904, volvió sobre sí, y como antes San Agustín, escribió sus confesiones, vertiendo en páginas sentidas su sincero arrepentimiento. Recordó entonces, su visita al Pontífice Pío IX en 1868, e hizo acto de contrición, regresando al seno de la grey cristiana, de donde por tantos y turbulentos años su alma inquieta había permanecido alejada. Y, ya, momentos antes de entrar a la eternidad, en mayo de 1911, se despidió de la vida, con el espíritu apaciguado y calmo, bajo el hermoso cielo de su patria, dentro de su propio hogar, de donde faltara por muchos años, y rodeado de su esposa e hijos y de sus íntimos amigos.

De este laborioso e inteligente escritor queda su obra distribuida en numerosos artículos sobre Gramática, Política, Historia y de críticas literarias, todos los selectos y plenos de buena erudición, y en donde campea ese humor granadino, locuaz y alegre, aún en las horas penosas y aflictivas. Quizá otro mejor preparado que el que estas líneas escribe, pueda recoger esa intensa labor literaria y hacer el estudio crítico de las producciones de uno de los mejores estilistas nicaragüenses como la que salió de la pluma de don Enrique Guzmán, durante más de cincuenta años.

PIO BOLAÑOS

San José de Costa Rica, febrero de 1942.

NOTA.—Algunos de los datos biográficos de don Enrique Guzmán, sobre todo el de su arrepentimiento en 1904, los he tomado de los originales del libro inédito del doctor Pedro Joaquín Chamorro, *Enrique Guzmán y su tiempo*, agtadeciendo al autor su bondad para facilitármelos.

Frente al París de Renoir

(En el Rep. Amer.)

A mis Florence Hall, quien vino a dictar un curso de conferencias a la Universidad de Costa Rica.

Es una amiga lejana del Norte.

De su delicadeza me llega hoy un cuadrado del dulce, del mago Renoir.

París tuvo siempre para mí la evocación de aquello que se amó en la infancia.

Son los mismos árboles desnudos y el mismo caer de hojas doradas... De la mano de mi madre, por una larga avenida de París, es uno de los primeros recuerdos que guardo de mi infancia venturosa. De la mano de mi madre bajo los árboles de otoño de aquella gran ciudad...

Hoy evoca mi amiga lejana el dulce recuerdo en los pliegues de una carta, y su voz suave se esfuma con el silbo de un barco que llama y llama perdido entre las brumas, allá en el lago Michigan. Yo estuve allí en el lago encantado cuyas orillas evocan mirajes de los cuentos de hadas, y una barca llevando en la proa un corazón se deslizó en la niebla, rumbo a la orilla remota, donde los hielos tenaces cuajan en fabulosos *ice'bergs*.

Amiga lejana, hada del lado Michigan, cómo su tacto fino, me envía este París de Renoir.

"Este es el París que habrá de renacer—dice con energía la voz dulce—con los nobles esfuerzos de nosotros — Todos los americanos". Y en el ciclón arrollador del Norte suenan sus palabras como una profecía...

Francia sacrificada!

Tu Costa Azul, donde una noche unos ojos violeta se bebían un claro de luna en una terraza de Niza, mira hoy un mar cruzado sólo por destroyers y cruceros.

Islas Mediterráneas! la muerte bate allí donde la nevada flor de los limoneros tiene

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA